


enferma de aquel célebre desgraciado. Buteau, en la sentencia de un juez ó en la crónica de un redactor de boletines del crimen, sería carne de verdugo simplemente: en manos de Zola es todo un carácter, con todas las cualidades que la belleza exige, sea en el bien, sea en el mal.

*
**

Lástima que, por motivos ajenos á mi voluntad, no pueda yo detenerme ya á examinar particularmente los muchos méritos de este libro que, á pesar de ciertas *crudezas* y notas exageradas, es uno de los más *seriamente importantes* del insigne novelista francés.

Variando, ó, mejor, dejando sin cumplir mi propósito, habré de terminar este artículo sin completar la materia (después de hablar de la impresión general que *La Terre* me produjo) con el examen de sus caracteres, de sus magníficas escenas y descripciones. Fouan, su mujer, todos sus hijos, no son personajes que se olvidan tan pronto. Confesando que este trabajo queda incompleto, lo termino por causa de *fuertza mayor*, pero sin renunciar á la idea de venir como á reanudarlo en cualquiera otra ocasión que se presente de tratar de las últimas obras del gran creador de los Rougon-Macquart, para mí el ingenio más poderoso de cuantos hoy tiene vivos la literatura.



El teatro y la novela.

LA mayor parte de los que hoy escriben de crítica literaria con algún fundamento, reconocen que el teatro decae, y que para volver á su florecimiento necesitará transformarse.

La forma de este teatro nuevo, que tanto desean algunos, no se ha encontrado; nadie se ha atrevido á decir cómo ha de ser; se reconoce generalmente que sólo el genio que dé con ella podrá resucitar el interés puramente artístico de las tablas.

En el teatro hay que distinguir, sobre todo al hablar de su general decadencia, entre el arte y el espectáculo. El teatro, como espectáculo, no decae; por el contrario, en el movimiento de la cultura popular se nota que esta *diversión* penetra más y más en las necesidades artísticas del pueblo. Pero como obra literaria, pocas veces satisface á los hom-

bres de gusto lo que en estos días producen los dramaturgos contemporáneos. Aplaudimos á los poetas dramáticos *relativamente*, y el entusiasmo que en el vulgo causan tales ó cuales autores, lo toma quien se cree, por lo menos, *aficionado* al arte, como señal de la común y (pudiera decirse) plebeya ignorancia, entrando, por supuesto, en esta plebe gran parte de la clase media y otra no exigua del *gran mundo*.

Por esta diferencia entre el espectáculo que el público protege y el arte que ya no satisface á los inteligentes, se explica el buen éxito de muchos dramas y comedias cuya lectura es un desencanto, y que, aun representados, dejan frío al que entiende de literatura, es decir, al que sabe sentir, pero además pensar por cuenta propia y juiciosamente en estas materias. El espectáculo ha entusiasmado á gran parte del público, á la mayoría, con la cual votan los periodistas amigos del autor y otros gacetilleros bonachones (vulgo hecho literato por medio de la prensa diaria), y el autor puede creerse, tiene derecho á creerse un genio, porque así se lo llaman cien papeles de la capital y de las provincias. Las causas de que el espectáculo haya producido tal efecto, pueden ser muchas; no pudiendo enumerarlas todas, citaré algunas de las más frecuentes. Si la obra es de gran aparato ó va acompañada con música sensual, ó lleva el atractivo de una

actualidad maliciosa, la aplaude, y hace que viva meses y meses, el público más iliterato, el que todos llamamos vulgo. Pero si el autor ha sabido lisonjear la vanidad del vulgacho más insignificante en este respecto, del que se cree inteligente porque lleva camisa limpia y *ha visto mucho*; si sabe ponerse al nivel de aquellas cabezas que la *banalidad* (como dice un escritor español que escribe á ratos en francés) ha medido por un rasero, entonces el buen éxito se lo fabrican en palcos y en butacas; y como estamos en tiempo de libertad y de igualdad y no se reconoce autoridad ni nada, á la persona de gusto que protesta contra la ovación se la llama envidiosa, y la fama del poeta vuela, y, si hace falta, se recibe con palio en su pueblo natal al autor del portento. Mas como el espectáculo puede durar días y días, pero al fin ha de dejar el puesto á otro, lo que queda es el libro, el drama representable, no representado; y entonces el gran público, el del buen éxito, ya se ha disuelto, ya está aplaudiendo á otro *genio* de moda, y el primor del que anduvo bajo palio, olvidado, porque la crítica verdadera, los aficionados inteligentes, el buen gusto ilustrado, no había aplaudido, y en el arte el que tiene memoria, el que conserva las obras dignas de tal honor, es este público: no el otro; el pequeño, no el grande.

El espectáculo era brillante, y brilló; pero también era pasajero, y pasó. Cuando las personas que

pueden hacerlo, juzgan bueno un drama, queda, pasa á las generaciones siguientes con aureola de gloria, aunque el éxito de su espectáculo no haya sido una apoteosis, ni nada parecido. En cambio, otros dramas con apoteosis por razón de su espectáculo, se olvidan muy pronto. *Un drama nuevo* se representó trece noches, á su autor no le levantaron estatuas, y, sin embargo, *Un drama nuevo* se representa siempre, y gusta y gustará, no se sabe hasta cuándo. *Consuelo* tuvo un triunfo que, comparado con otros de ahora, fué una derrota, y, sin embargo, *Consuelo* se admira más cada día. Pues pregúntese á los partidarios más ardientes de ciertas maravillas escénicas recientes, y ellos mismos tendrán que confesar que no confían en la duración como en el efecto del momento. Las obras que no admira el público capaz de juzgar rectamente, no duran; las ha aplaudido el sentimiento, que no tiene memoria. La memoria está en el cerebro; es compañera de la inteligencia.

Con la novela sucede lo contrario; no tiene espectáculo, es todo arte; el gran público, mejor, el público grande, no la lee siquiera, ó la lee y no la entiende, (hablo de la novela artística, no del folletín estupendo, que va reemplazando sin ventaja á los romances de ciego); pero, en cambio, las personas de gusto, las que reflexionan y saben de estas materias, reconocen que la literatura de la

actualidad presente, la más propia de la cultura que alcanzamos, es la novela. No tiene espectáculo que brille; la novela más escandalosa no llega á producir el ruido de un drama que se aplaude; pero poco á poco va abriéndose camino, y cuando ya nadie recuerda ni el nombre de la composición teatral que tanto se aplaudió el mismo día que se publicó... *Gloria*, por ejemplo, la novela, toda arte y nada más que arte, sigue deleitando á los inteligentes. *Pepita Jiménez*, *El Niño de la bola*, *La Desheredada*, *Pedro Sánchez*, tuvieron por coetáneos dramas que yo no he de nombrar, de los que se habló en su día (su día... ¡uno!) mucho más que de los libros respectivos de Valera, Alarcón, Galdós y Pereda; y ahora, ¿qué hay de esos dramas? Ni el recuerdo. Si algún cómico de provincias los resucita, se quejan los abonados.

Todo es verdad. Pero como el artista desea disfrutar el aplauso que merece su producción, oler el incienso, paladear la alabanza, los novelistas de todos los tiempos han envidiado y envidian á los poetas del teatro sus triunfos ruidosos.

No se resignan á que, siendo su arte más espiritual, más alto, más sublime, el propio de nuestra época, el teatro—por ser arte, más espectáculo—se lleve el oropel, los triunfos rimbombantes. Hay que perdonar esta debilidad á los novelistas, artistas al fin.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Cm. 1625 MONTERREY, MEXICO

Balzac, el mayor genio de la novela, se enamoró de sus productos teatrales. Flaubert no contuvo su comeción de brillar en el teatro hasta ser silbada, ó poco menos, una comedia suya; este éxito le causó mucha pena. Daudet tiene un teatro abundante, que está eclipsado por sus novelas, pero acaso á él no le agrade esto, y hace poco le han dado un disgusto sus *Reyes en el destierro*, convertidos en drama. Zola ha consagrado la mitad ó más de sus excelentes trabajos críticos á censurar el teatro y á los dramaturgos modernos; anhela la forma nueva del drama y fácilmente se adivina que sería para él la mayor gloria encontrarla en su cerebro. Además, muchas de sus novelas han pasado á los escenarios de París con su beneplácito y, á veces, con su colaboración... Todos los novelistas miran con envidia los triunfos teatrales.

En España ostensiblemente no se ha emprendido nada que anuncie este prurito. Pero yo sé, y lo saben muchos, que Galdós vería con gran placer sus creaciones dramáticas y cómicas expresadas en forma representable. Valera dice en alguna parte que el teatro es la más perfecta forma artística, porque reúne todos los medios de que puede usar el hombre para expresar belleza, y ha escrito un teatro de bolsillo que contiene cosas excelentes...

Sí, no cabe duda; á pesar de que el teatro decae y la novela prospera, por ahora los novelistas tienen

motivo para envidiar, por lo que respecta al favor del público, á los poetas dramáticos.

Pero este fenómeno, cuyas causas muy de prisa he indicado, debe corregirse; debe procurarse que el *espectáculo* no tenga más valor para los ojos del público, que el *arte*.

La crítica seria debe trabajar en este sentido. Va siendo hora de que la forma adecuada de la idea artística contemporánea ocupe el lugar que la pertenece en la atención de los pueblos cultos.

¡Qué tristes reflexiones no estarán haciendo á estas horas los autores de *Pedro Sánchez* y *La Tribuna*, novelas recientes, de que se habló apenas y que contienen tantas bellezas que estudiar y admirar detenidamente!

Para ellos un suelto displicente, un articulejo anónimo, ó el silencio absoluto.

Y la apoteosis, como se dijo ya, para dramas que morirán bien pronto, entre otras razones, porque ni siquiera están escritos en castellano.